

De las manos de Pedro Boys pasó la Casa Cuadrada á las del señor de San Chaptes, que hizo de ella una cuadra, y para darla mas estension reunió las columnas del peristilo por una pared de ladrillos; dividió el interior en pajares y en pesebres: en fin, cortó las columnas del peristilo para poner en el un cobertizo destinado los dias de mercado y de feria á abrigar las caballerías, con las que parece que el señor de San Chaptes hacia comercio.

En 1670 sus herederos la vendieron á los religiosos agustinos, que volvieron á hacer de ella una iglesia y construyeron una nave, un coro, capillas y tribunas, y estuvieron á punto de hacerlo venir todo á tierra al abrir sepulcros en el firme que sostiene el peristilo.

En fin, en 1789, la Casa Cuadrada, considerada como bienes del clero, fué arrebatada á los monges y se convirtió en la casa de la administracion central del departamento.

Desde esta época, lejos de correr nuevos peligros, se han ocupado, no solo de restaurarla, sino en embellecerla. La han incrustado una hermosa lápida de mármol negro, sobre la que se han escrito en letras de oro la palabra *Museo*. En fin, se la ha hecho un techo de carton-piedra. Esperamos que una mañana el consejo municipal se despertará con la idea de blanquearla, y entonces el embellecimiento no dejará de ser completo.

Volvió Reboul á desayunarse con nosotros: en estas dos últimas horas que pasamos juntos no le dejamos parar, hasta que se decidió á hacer imprimir sus versos. Consintió al fin despues de habernos hecho mil objeciones que le destruimos completamente, y yo me marché á Beaucaire, encargado con plenos poderes para Gossein.

A mi vuelta á París, Lamartine se unió á mí, tomamos con eficacia el negocio, que dió por resultado la publicacion de un volúmen de poesías cuya inmensa voga, no solamente correspondió á nuestras esperanzas, sino que las sobrepujo. Así hemos dado á conocer á la Francia las producciones de Reboul, poeta y panadero.

LA TARASCA.

En tres horas casi hicimos el camino de Nimes á Beaucaire. Como esta ciudad no se halla separada de Tarascon en donde contábamos pasar la noche, si no por el Ródano, nos detuvimos al pie del castillo y enviamos nuestro cabriolé á anunciarnos á la posada.

Beaucaire, como aquellas gigantescas serpientes de la América Meridional que comen todo en un dia y digieren durante seis meses, vive todo el año de su feria, cuya reputacion es europea. La mayor parte de las casas, que son almacenes, cerrados trescientos cincuenta y ocho dias al año, se abren al acercarse el 22 de julio, época en que los desiertos muelles de la ciudad se transforman y cambian en bazares.

Entonces los caminos de Nimes, de París y de Orgon, se atestan de carruages: los puertos de Tolosa, de Cetté y Aguas-Muertas se cubren de barcas y de navios, y el Ródano, esa grande arteria del Mediodía, parece arrastrar olas de vida: el comercio de la Europa entera se halla representado en esta fiesta de la industria. Mulhausen envia sus impresiones y sus percales blancos; Rouen sus tejidos; Nimes sus lienzos y sus alcoholes; Perpiñan sus anchoas y sus sardinas; San Estéban sus fusiles y sus cintas; Grasse sus aguas de naranja y sus aceites; Avignon sus cueros y sus florencias; Marsella sus palos de Campeche y sus géneros coloniales; Tarascon sus muselinas y sus bordados; San Quintin sus lozas y sus percales; Lion sus sombreros y sus sedas; Sauve sus medias y sus gorros de algodón; Montpellier sus drogas; Salins sus cristales; Vervins sus latones y artefactos de cobre; San Claudio sus cajas de tabaco; Chatelleraut sus cuchillerías; Viena sus paños; Amiens sus terciopelos; Paris su quincallería, sus alhajas y sus chales; Génova sus pastas; Cataluña sus corchos y la Prusia sus caballos. Comienza esta feria como hemos dicho el 22 de julio y concluye el 28 del mismo mes. Durante estos seis dias se hacen millones de negocios, y lo que ha venido en mercaderías se vuelve convertido en oro, y lo que ha venido en oro se vuelve convertido en mercaderías.

Aquel corazón que ha palpitado un momento ha bastado para dar vida durante un año, no solo á una ciudad, si no á cuarenta, tanta sangre atrae á sí y ha despedido á las estremidades á cada una de sus pulsaciones.

El 28 se ha terminado la feria: el 29 cada cual carga sus mercaderías y vuelve á tomar su camino: se vacian los almacenes: se cierran las casas: algunos dias todavía los gitanos que han bajado de España para vivir de las sobras del festin, vagan sobre el muelle comiendo en las calles lo que han recogido: por último apuradas las últimas migajas del banquete, desaparecen tambien y Beaucaire vuelve á quedar entregada por un año á su sueño, á su silencio y á su soledad.

El viejo castillo que domina á Beaucaire y que ha metido gran ruido en el siglo XII con sus máquinas de guerra, y en el XVI con sus cañones, está edificado sobre ruinas romanas: sus diferentes obras de fortificacion, son de los siglos XI, XIII y XIV. Desde lo

alto de sus murallas se descubre una magnífica perspectiva, cuyo primer término es Tarascon y Beaucaire, separadas por el Ródano, y unidas por un puente, y el segundo término Arlés, la ciudad romana; Arlés, el Herculano de la Francia sepultado y cubierto por la lava de la barbarie.

Bajamos de nuestro viejo castillo, en el que solo queda completa una magnífica chimenea del tiempo de Luis XIII: atravesamos el puente colgante, que tiene de largo quinientos cincuenta pasos, es decir, cerca de mil quinientos pies: pasamos al pie de la fortaleza edificada por el rey René, y entramos en la iglesia edificada en el siglo XII, restaurada en el XIV.

Esta iglesia se halla bajo la invocacion de Santa Marta, que hospedó á Cristo en su casa. Tiene la construccion de esta iglesia una santa y piadosa historia: la ciencia la niega, pero la consagra la fe: empero en esta lucha del alma que cree y de la imaginacion que duda, ha sido vencida la ciencia.

Marta, nació en Jerusalem. Su padre Siro y su madre Eucharía eran de sangre real. Tenia un hermano mayor que se llamaba Lázaro: tenia una hermana menor que se llamaba Magdalena.

Lázaro era un hermoso jóven, medio asiático medio romano, que no pudiendo emplear su tiempo en la guerra porque Octavio habia dado la paz al mundo, lo pasaba en la caza y los placeres. Tenia jóvenes esclavos comprados en la Grecia, y magníficos caballos traídos de Arabia: y mas de una vez, en un carro de cuatro ruedas, adornadas de marfil y de bronce, precedido por un postillon á caballo habia cruzado por delante del hijo de Dios, caminando descalzo en medio de su comitiva de pobres.

Magdalena era una hermosa cortesana á la manera de Julia, la hija del emperador: tenia largos cabellos rubios que una esclava de Lesbos reunia todas las mañanas sobre su cabeza, sujetándolos con una cadena de perlas: llevaba el manto abierto por delante que dejaba ver una garganta maravillosa sostenida por una redcilla de oro, que los latinos llamaban *Cesicium* á causa de las heridas que ocasionaba en el corazón de los hombres. Llevaba túnicas sembradas de grandas flores de oro y de púrpura, que llamaban en Roma *Patagiata*, del nombre de una enfermedad llamada *Patagus* que dejaba manchas sobre todo el cuerpo: y como sus pies delicados y perfumados cubiertos todos de sortijas y pedrerías no estaban hechos á andar, la traian literas con cortinas de telas asiáticas, en donde se hacia llevar cual una matrona romana por esclavos vestidos de *Pánulca*, en tanto que una criada acompañándola á pie, estendia entre ella y el sol un grande abanico de plumas de pavo real, y los corredores africanos que marchaban delante de ella para abrir-

le paso, hicieron mas de una vez apartarse á un lado para que pasase la litera de la rica cortesana, á aquella pobre Maria que era la Madre del Salvador.

Marta veia con pena todas estas cosas, y frecuentemente intentó reformar la disipada existencia de su hermano, y la disoluta vida de su hermana; porque habia sido una de las primeras que habian escuchado y recogido la palabra de Cristo; pero los dos siempre se habian echado á reir de sus discursos. Por último, les propuso que fuesen á recoger el maná santo que dejaba caer de sus labios el Salvador. Magdalena y Lázaro consintieron en ello: fueron alegres, burlones, é incrédulos; escucharon la parábola del tesoro, de la perla y de las redes: oyeron la prediccion del juicio final: vieron caminar á Jesus sobre las aguas: y volvieron pensativos.

Y aquella misma noche Lázaro dijo á Marta: hermana mia, vende mis bienes y distribúelos á los pobres.

A la mañana siguiente mientras que el Hijo de Dios comia en casa de Simon el Fariseo, entró Magdalena llevando un vaso de alabastro lleno de aromas y perfumes.

Y colocándose detrás del Salvador, se arrodilló á sus pies y comenzó á regárselos con sus lágrimas y á enjugarlos con sus cabellos, los besaba y derramaba perfumes en ellos.

Lo que viéndolo el fariseo que le habia convidado dijo en sí mismo: Si este hombre fuese profeta, sabria quién es la que le toca, y que es una muger de mala vida.

Entonces Jesus tomando la palabra le dijo: Simon, tengo que hablaros: este respondió: hablado, Maestro.

Un acreedor tenia dos deudores: el uno le debia quinientos dineros, y el otro cincuenta.

Pero como no tenian, con qué pagarle perdonó á los dos su deuda. ¿Cuál de los dos le amaria mas?

Simon respondió: Creo que seria aquel á quien mas perdonó.

Jesus le dijo: Muy bien habeis juzgado.

Y volviéndose hácia la muger, dijo á Simon:

Yo he entrado en vuestra casa, no me habeis dado agua para lavarme los pies, y ella al contrario los ha bañado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos.

Vos no me habeis dado un beso, y ella al contrario desde que ha entrado no ha cesado de abrazar mis rodillas.

Vos no habeis derramado aceite en mi cabeza, y ella ha derramado aroma sobre mis pies.

Por eso os declaro que muchos pecados le serán perdonados porque ha amado mucho. Pero aquel á quien menos se perdona ama menos.

Entonces dijo á aquella muger: Vuestros pecados os son perdonados.

Y los que se hallaban á la mesa con él comenzaron á decir, ¿quién es este que perdona hasta los pecados?

Y Jesus dijo todavía á aquella muger: Vuestra fé os ha salvado, idos en paz (1).

Y algun tiempo despues, caminando Jesus con sus discipulos, entró en una aldea, y una muger llamada Marta, le recibió en su casa.

Tenia una hermana llamada María Magdalena, que se hallaba sentada á los pies del Señor, y escuchaba sus palabras.

Pero Marta, se hallaba muy ocupada en preparar todo lo que hacia falta: y deteniéndose delante de Jesus le dijo: ¿Señor, no veis que mi hermana me deja hacerlo todo sola? Decidla que me ayude.

Pero el Señor la dijo: Marta, Marta, no os afaneis ni os turbeis demasiado por el cuidado de las cosas.

Sin embargo, una sola es necesaria: María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada (2).

Hacia el tiempo en que Jesus declarando que era la puerta del redil, y el buen pastor, probando su mision y su divinidad por sus obras, cayó enfermo un hombre llamado Lázaro, que era del pueblo de Bethania, donde vivian María y Marta sus hermanas.

Esta María era la que derramó sobre el Señor un aceite perfumado, y le enjugó los pies con sus cabellos; y Lázaro, que se hallaba entonces enfermo, era su hermano.

Sus hermanas enviaron á decir á Jesus: Señor, el que amais está enfermo.

Habiéndolo oido Jesus, dijo: Esta enfermedad no será de muerte sino para gloria de Dios, y á fin de que el Hijo de Dios sea con ella glorificado.

Jesus amaba á Marta, y á María su hermana, y á Lázaro.

Habiendo, pues, oido decir que estaba enfermo, permaneció todavía dos dias en el lugar en que se hallaba.

Dijo en seguida á sus discipulos: Volvamos á Judea; nuestro amigo Lázaro duerme, y voy á despertarle.

Sus discipulos le respondieron: Señor, si duerme estará curado.

Jesus les dijo entonces claramente: Lázaro ha muerto.

Habiendo llegado Jesus, encontró que hacia cuatro dias que Lázaro se hallaba en el sepulcro.

Y como Bethania no estaba distante de Jerusalem sino cerca de cinco estadios, habia gran cantidad de judíos que habian acudido á ver á Marta y á María para consolarlas de la muerte de su hermano.

Habiendo sabido Marta que Jesus venia, salió á su encuentro, y María permaneció en la casa.

(1) Evangelio segun San Lucas.

(2) Evangelio de San Lucas.

Entonces Marta dijo á Jesus: Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no se hubiese muerto. Pero yo sé que al presente Dios os concederá todo lo que le pidais.

Jesus respondió: Vuestro hermano resucitará.

Marta le respondió: Sé que resucitará en la resurreccion que se ha de verificar el último dia.

Jesus la dijo: Yo soy la resurreccion y la vida; el que cree en mí, aun cuando hubiese muerto, vivirá.

Y cualquiera que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Creeis esto?

Ella le respondió: Si, Señor; creo que sois Cristo, el Hijo de Dios vivo que habeis venido á este mundo.

Cuando hubo hablado así se marchó, y llamó secretamente á María su hermana diciéndola: Ha llegado el Maestro, y pregunta por vos.

Inmediatamente que lo oyó se levantó, y vino á buscarlo.

Jesus no habia entrado aun en la poblacion sino que estaba en el mismo sitio en que le habia encontrado Marta.

Entretanto, los judíos que se hallaban con María en la casa, y que la consolaban, habiendo visto que se habia levantado tan prontamente, y que se habia salido, la siguieron diciendo: Se va al sepulcro para llorar en él.

Cuando llegó María al sitio en que se hallaba Jesus, habiéndole visto se arrojó á sus pies, y le dijo: Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no hubiese muerto.

Viendo Jesus que lloraba, y que los judíos que la acompañaban lloraban tambien, se estremeció en su espíritu y se turbó.

Y les dijo: ¿Dónde le habeis puesto?

Respondieron: Señor, venid y lo vereis.

Entonces lloró Jesus.

Y los judíos dijeron entre sí: Ved como le amaba.

Empero hubo tambien algunos que dijeron: ¿No podria impedir que muriese, él, que ha dado vista á los ojos de un ciego de nacimiento?

Jesus estremeciéndose de nuevo en sí mismo, fué al sepulcro: era una gruta sobre la que habian puesto encima una losa.

Jesus dijo: Quitad la piedra.

María, que era la hermana del muerto, le dijo: Señor, ya huele mal, porque hace cuatro dias que está ahí.

Jesus le respondió: ¿No os he dicho que si creeis vereis la gloria de Dios?

Quitaron la piedra, y Jesus, levantando los ojos al cielo, dijo estas palabras: Padre mio, os doy gracias porque me habeis oido.

Yo ya sabia que siempre me ois, pero lo digo por este pueblo que me rodea, á fin de que crea que sois vos quien me ha enviado.

Habiendo dicho estas palabras, gritó con voz fuerte: Lázaro, salid afuera.

Y en el mismo instante salió el muerto, teniendo los pies y las manos liadas con vendas, y el rostro envuelto en lienzo. Entonces Jesus les dijo: Desatadle y dejadle andar.

Muchos, pues, de entre los judíos que habian venido á ver á Marta y á María, y que habian visto lo que Jesus habia hecho, creyeron en él (1).

En el mismo año, seis dias antes de la Pascua, Jesus vino á Bethania, donde habia muerto Lázaro que habia resucitado.

Le dispusieron allí una cena: Marta, María y Lázaro eran los que se hallaban á la mesa con él.

Pero María, habiendo tomado una libra de aceite perfumado de verdadero nardo, que era de gran precio, lo derramó sobre los pies de Jesus, y como la primera vez los enjugó con sus cabellos, y toda la casa quedó llena del olor de aquel aroma.

Entonces uno de sus discipulos, á saber, Judas Iscariote, que debia venderle, dijo:

¿Por qué no se ha vendido este perfume en trescientos dineros, que hubieran podido darse á los pobres?

Pero Jesus le dijo: Dejádla hacer; porque ha guardado este perfume para el dia de mi sepultura.

Los pobres los tendreis siempre entre vosotros, á mí no siempre me tendreis.

Algun tiempo despues cumpliéndose su profecía, Jesus murió en la cruz legando su madre á San Juan y el mundo á San Pedro.

El primer dia de la semana, María Magdalena vino por la mañana al sepulcro cuando todavía no habia luz, y vió que se habia quitado la losa del sepulcro.

Y como llorase, habiéndose bajado para mirar en el sepulcro,

Vió dos ángeles vestidos de blanco sentados en el lugar donde habia estado el cuerpo de Jesus, el uno á la cabeza, y el otro á los pies.

Y le dijeron: Muger, ¿por qué llorais? ¿qué buscáis?

Ella respondió: Han quitado de aquí á mi Señor, y no sé dónde le han puesto.

Al decir esto se volvió y vió á Jesus en pie, sin saber, sin embargo, que fuese el mismo Jesus.

Entonces Jesus le dijo: Muger, ¿por qué llorais? ¿qué buscáis?

Pensando que era el jardinero, le dijo: Señor, si sois vos el que lo ha quitado, decíme dónde lo habeis puesto, y yo me lo llevaré.

Jesus la dijo: ¡María! Inmediatamente se volvió, y le dijo: *Rabboni*, es decir, *maestro mio*.

Jesus le respondió: No me toqueis, porque

(1) Evangelio segun San Juan.

aun no he subido hácia mi Padre: pero ve á encontrar á mis hermanos y díles de mi parte: «Yo subo á mi Padre y á vuestro Padre, hácia mi Dios, y vuestro Dios (1).»

Aquí se detiene la historia escrita por los santos Apóstoles mismos y comienza la tradicion.

Los judíos para castigar á Marta, Magdalena, Lázaro, Maximino y Marcelo, de haber permanecido fieles á Cristo mas allá del sepulcro, los obligaron á entrar en una barca, y en un dia de tempestad lanzaron la barca al mar. La barca iba sin vèla, sin timon y sin remo; pero tenia la fé por piloto; asi, apenas los condenados hubieron comenzado á cantar himnos de gracia al Salvador, cuando se echó el viento, se calmaron las olas, el cielo se puso sereno, y un rayo de sol vino á rodear la barca con una aureola de fuego. Mientras una parte de los que veian este milagro blasfemaban del Dios que lo habia hecho, la otra caia de rodillas para adorarle, y en tanto, la barca deslizándose cual impelida por una mano divina, abordó á las playas de Marsella, y los obreros de Dios, los enviados de su palabra, los apóstoles de su religion, se dispersaron en la provincia para distribuir á los que tenian hambre el santo alimento que traian de Judea.

Mientras que Marta se hallaba en Aix, con Magdalena y Maximino, que fué el primer obispo de aquella ciudad, los diputados de una ciudad vecina, atraidos por la fama de sus milagros, acudieron á ella; venian á suplicarla los libertase de un monstruo que devastaba su pais: Marta se despidió de Magdalena y de Maximino, y siguió á aquellos hombres.

Al llegar á las puertas de la ciudad encontró allí todo el pueblo que habia salido á su encuentro. Al acercarse á ella se arrojó diciéndole que no tenia mas esperanza sino en ella, y ella respondió preguntando dónde se hallaba el monstruo. Entonces le mostraron un bosque inmediato á la ciudad, y se encaminó inmediatamente á él sola, sin defensa alguna.

Apenas habia entrado en él cuando oyó grandes rugidos y todos temblaron, porque pensaron que iba á perecer la pobre muger que habia emprendido una cosa que ninguno osaba emprender, y que habia ido sin armas donde ningun hombre armado se atrevia á ir; pero bien pronto cesaron de oirse los rugidos y volvió á presentarse Marta llevando una pequeña cruz de madera en una mano, y en la otra al monstruo atado á la punta de una cinta con que ceñia la cintura de su vestido.

Se adelantó así en medio de la ciudad, glorificando el nombre del Salvador, y trayendo al pueblo para servirle de juguete el dragon todavía ensangrentado con la última presa que habia devorado.

(1) Evangelio segun San Juan.

Esta es la leyenda sobre la que reposa la veneracion que se tiene á Santa Marta por los habitantes de Tarascon. Una fiesta anual perpetua el recuerdo de la victoria de la santa sobre la *Tarasca*, porque el mónstruo ha tomado el nombre de la ciudad que devastaba.

La vispera de este dia solemne, el maire de la ciudad hace publicar al son de trompeta que si sucede algun accidente al dia siguiente nadie será responsable de él: que previene que los heridos no tendrán derecho alguno á quejarse, y que el que coja un mal lo guardará.

Merced á este formidable aviso, deberia cada uno cerrarse á piedra y lodo en su casa desde el amanecer, pero sucede todo lo contrario: desde el amanecer toda la ciudad se halla en la calle: en cuanto á la *Tarasca*, aguarda debajo de un cobertizo.

Es un animal de un aspecto terrible, y cuya visible intencion es recordar el antiguo dragon que representa. Puede tener veinte pies de largo, una cabeza gruesa, redonda, una boca inmensa que se abre y se cierra á voluntad. Dos ojos llenos de fuegos artificiales: un cuello que se alarga y se encoge: un cuerpo gigantesco destinado á encerrar las personas que lo hacen mover: en fin, una cola larga y puntiaguda con la que da latigazos de una manera triunfal para romper los brazos y las piernas de las personas á quienes alcanza.

El segundo dia de la fiesta de la pascua de Pentecostés, á las seis de la mañana, treinta caballeros de la *Tarasca* vestidos con túnicas y capas, y establecidos por el rey René, vienen á buscar el animal debajo del cobertizo donde se guarda.

Doce mozos de cordel entran en el vientre. Una doncella vestida de Santa Marta le aña una cinta azul al rededor del cuello, y el mónstruo se pone en marcha con gran aplauso de la multitud. Si algun curioso pasa demasiado cerca de su cabeza, la *Tarasca* alarga el cuello y le coge por el fondo de sus calzones, que ordinariamente se quedan en la garganta.

Si algun imprudente se aventura á ir detrás, la *Tarasca* hace una de las suyas, y con un latigazo de la cola lo echa al suelo. En fin, si se pone muy de cerca á los lados, la *Tarasca* enciende el fuego artificial que lleva en los ojos, que arrojan llamas, da un salto, da una vuelta sobre si misma, y todo cuanto se encuentra á su alcance en una circunferencia de setenta y cinco pies, es despiadadamente quemado y derribado al suelo. Al contrario si alguna persona visible de gran consideracion en la ciudad se encuentra al paso, se dirige á él la *Tarasca* haciéndole mil monadas, dando saltos en prueba de alegría, y abriendo las fauces en señal de hambre; y el individuo á quien se tributa este honor arroja en la garganta un bolsillo, que digiere incontinen-

temente á beneficio de los mozos de cordel que lleva en el vientre.

El año 93 los arlesianos y los tarasconeses se hallaban en guerra; los tarasconeses fueron vencidos, y Tarascon fué tomado. Entonces los arlesianos no encontraron otra cosa mejor para humillar á sus enemigos que quemar la *Tarasca* en la plaza pública. Era un mónstruo de la mas grande magnificencia, de un mecanismo tan complicado como ingenioso, y que habia costado hacerlo 20,000 francos.

Desde esta época los tarasconeses no han podido nunca reemplazar dignamente la antigua *Tarasca*, que es todavia objeto de sus mas vivos pesares: han hecho hacer otra, pero mezquina y pobre en comparacion de la que les quemaron. Esta es la que visitamos, que á pesar de las lamentaciones de nuestro guia nos pareció todavia de un aspecto muy bueno y confortable.

Ahora, como en toda tradicion hay algo de historia, y en todo milagro un punto que puede esplicarse, es probable que un cocodrilo procedente de Egipto, como el que fué muerto en el Ródano, y cuya piel se conservó hasta la revolucion en la casa del ayuntamiento de Lion, habia establecido su domicilio en las inmediaciones de Tarascon, y que Marta que habia aprendido á las orillas del Nilo como se coge aquel animal, logró librar de aquel mónstruo la ciudad, en la que tanto se honra su memoria.

La iglesia en que hemos introducido á nuestros lectores al principio de esta leyenda, no presenta nada de notable bajo el aspecto de la arquitectura; pero contiene algunos cuadros bastante curiosos: siete son de Viena, y representan la visita de Cristo á Santa Marta —la resurreccion de Lázaro—el embarque de Santa Marta, Maria Magdalena, Lázaro y Maximino—el desembarco de Santa Marta en Marsella—Santa Marta predicando el Evangelio en Tarascon—la muerte de Santa Marta—y últimamente el entierro de Santa Marta.

Ademas de estos siete cuadros, notables por todos los defectos y por todas las bellezas de los maestros de aquella época y de aquella escuela, hay una Santa Cunegunda, rehusando casarse con un principe griego, y consagrándose al servicio de Dios—un Cristo—una Anunciacion—una Adoracion de los Magos—una Santa Catalina—un Santo Tomás de Aquino y una Virgen, de Parrocel—una Asuncion de la Virgen, y una Santa Marta, por Mignard,—y en fin, un San Francisco de Asis moribundo, pintado por Vanloo.

La iglesia de Santa Marta poseia todavia otros muchos cuadros de mérito, pero cuando la revolucion, habiendo sido trasladados al hospicio de los indigentes, los pobres hicieron pasar por legía la mayor parte de los cuadros para hacerse pantalones con los lienzos.

Pero la mayor pérdida que tuvo en aquella época la parroquia fué la de un busto de Santa Marta de oro macizo, regalado á la ciudad por Luis XI, que habia fundado un cabildo con quince beneficiados. Aquel busto, en derredor del cual se hallaba representada en esmalte toda la vida de Santa Marta, pesaba, sin contar con la estatua del rey que oraba de rodillas delante de la santa, 22,000 ducados de oro. En el momento del hambre fué transportado á Génova y cambiado por trigo. La república de Génova le tomó al peso, es decir, por 400,000 francos.

Otra reliquia no menos preciosa era un brazo de *vermeil*, encerrando un hueso de Santa Marta, y en cuyos dedos habia noventa sortijas, alguna de las cuales valia hasta 40,000 francos.

En la época en que este busto marchaba para Génova, el brazo tambien andaba en camino por su lado; empero jamás se ha podido saber cual fué su paradero.

Una cosa curiosa hay que ver en la iglesia de Tarascon, y es el sepulcro de Santa Marta, menos notable por el mérito de su ejecucion que por la veneracion que inspira. Ademas, la santa, que es de mármol blanco sobre un lecho de mármol negro, es hermosa, y vista á la trémula claridad de la lámpara que ilumina aquella capilla subterránea, es de un aspecto enteramente religioso é imponente.

Como Tarascon nada mas nos ofrecia de curioso y digno de visitarse, determinamos á nuestro amigo Boyer á que á las cinco de la tarde volviese á enganchar su caballo en el cabriolé, y nos pusimos en camino para Arlés, donde llegamos á las nueve.

ARLES.

Arlés es la Meca de los arqueólogos franceses: es la ciudad antigua por excelencia. Monumentos romanos forman su suelo y alrededor de ellos, á sus pies, á su sombra, en las grietas, ha brotado, no se sabe como, por la fuerza vegetativa de la civilizacion religiosa de San Luis, una segunda ciudad gótica que á su vez ha dado nacimiento á casas que bien ó mal han formado la ciudad moderna.

Al primer aspecto se descubren estas dos últimas: pero interroga la vista á los cielos, escava y registra las calles, reúne los restos y vuelve á aparecer la ciudad romana con su teatro, su circo, su pretorio, sus termas, su foro, el palacio de sus emperadores, su altar á la buena diosa y su Júpiter Olímpico. El esqueleto del gigante ha sido mal sepultado y por todas partes sobresalen sus huesos de la tierra.

Arlés, si se ha de creer á Ausonio, era la reina de las Galias: el sitio donde fué edificada, escribian Honorio y Teodosio á Agricola, prefecto de las Galias, estaba tan bien elegido que tenia tan gran multitud de comerciantes, afluián tantos viajeros á sus puertas, que todo lo que en otras partes nacia venia á parar allí: tanto, que se habia convertido en el depósito del mundo por la cantidad de objetos que ostentaban sus mercados y parecia que aquellas riquezas exóticas eran productos de su propio suelo.

En efecto, cuanto el rico Oriente y la perfumada Arabia, la fértil Africa, la muelle Asiria, la bella España y la Galia fecunda, recogian en sus campos, ella lo prodigaba á la necesidad, al deseo ó al capricho del mas delicado sibarita. De todo cuanto se producía venia á ella por tierra, por mar y por el rio en barcas, en navios y en carretas.

Así, la ciudad de Arlés, fué la querida de Constantino. Disputaba la preferencia á Bizancio en su corazon: porque hubo un tiempo en que la habia habitado. Allí habia sido feliz, y su muger Fausta habia dado á luz á su hijo primogénito, que llevó el mismo nombre que él. ¿Cuál fué la causa que impidió á Arlés ser la segunda capital del mundo? No se sabe. ¿Constantino se cansó de ella como un amante de su querida, y la fué infiel al ver las azuladas aguas del Ponto-Euxino y las floridas playas del Bósforo? ¿Se cansó de ella por el peligro que corrió en su palacio sobre el Ródano la noche en que advertido por su muger, vió oculto detrás de un tapiz, á su negro Maximino Hércules adelantarse paso á paso hácia el lecho nupcial con la espada en la mano y dar de puñaladas á un eunuco que habia hecho acostar en lugar suyo? ¿ó acaso el terrible mistral, el azote de aquellas comarcas, le pareció un enemigo demasiado obstinado, un adversario demasiado valiente, á un hombre que habia respirado el fresco viento de Ostia y la perfumada brisa de Nápoles?

De Arlés salió Constantino para ir á combatir á Maxencio: durante el viage de las Galias á Roma una cruz luminosa se le apareció con la inscripcion, *in hoc signo vinces*, y por el doble recuerdo de su ciudad querida y de su victoria santa, hizo acuñar monedas de oro, plata y bronce, llevando en una mano que sale de una nube una cruz, y en el otro lado una leyenda compuesta de estas dos palabras: *Arelas civitas*.

Anegado Maxencio en el Tiber, y libres todos los prisioneros, bautizado solemnemente el emperador por el papa Silvestre, volvió á Arlés, donde en 344 reunió un concilio; en 356 hizo celebrar los juegos decenales, y en 394 nombró tres Césares: Crispo, su hijo, que le habia tenido de Minervina su primera muger; Constantino que, como hemos dicho habia nacido en Arlés, de Fausta, hija de Maximino Hércules, y á Licinio su sobrino. Despues,

queriendo consolar á la ciudad que iba á dejar, de su abandono, así como se da á la muger que se repudia un rico patrimonio, hizo venir de las márgenes del Nilo un obelisco de granito: enriqueció su palacio con magníficas estatuas y espléndidas columnatas, é hizo construir á grandes gastos un acueducto por el que las aguas de los montes vecinos fueron llevadas á los depósitos públicos: despues, por último, estableció allí la sede del pretorio de las Galias, lo que la hacia grande y augusta al igual de Roma y de Constantinopla.

Así fué en Arlés á donde San Aignan, obispo de Orleans, viendo sitiada su ciudad por Atila, vino á pedir socorro á Aecio, prefecto de las Galias, que con el socorro de Meroveo venció al rey de los hunos cerca de Chalons.

El poder romano se estinguió en Arlés con Julio Valerio Majoriano. Atravesó los Alpes en 458, se apoderó de Lion, y encontrando como Constantino á Arlés maravillosamente situada, resolvió establecer allí su corte imperial.

Durante su permanencia en esta ciudad y en el palacio de Constantino, fué cuando invitó á Sidonio Apolinario á sentarse á su mesa: y á esta circunstancia debemos la carta del poeta á Montio, su amigo, carta en la que consigna los detalles de aquel gran festin, donde siete grandes señores habian asistido, y hace la descripción del palacio adornado de magníficas estatuas colocadas entre columnas de mármol.

Majoriano, asesinado en Tortona, perdió con la vida el imperio de Occidente; y la ciudad de Arlés, que habia permanecido como colonia romana, pasó en 465 á la dominacion de los godos. Quedó bajo su dominacion hasta 537, época en la que Vittegis cedió al rey de los francos Chidelberto la ciudad de Arlés y todo cuanto poseia en las Galias.

El nuevo señor de Arlés hizo un viage allí, dió juegos y combates á la manera de los juegos y combates romanos.

Un día que cazaba en los alrededores de la ciudad encontró en medio de un bosque sobre un pequeño monte, muchos piadosos anacoretas. Movidó de su piedad fundó el monasterio de Mont-mayor.

En 732 los sarracenos de España habiendo sido derrotados entre Tours y Poitiers por Carlos Martell refluyeron sobre las provincias meridionales, y furiosos con su derrota saquearon la ciudad de Arlés; derribaron sus monumentos y sepultaron bajo sus ruinas los tesoros del arte reunidos por cinco siglos de la civilizacion romana. Arrojadó por Carlos Martel en 732, volvieron á presentarse en Provenza en 797, donde Carlo-Magno los venció dos años despues matándoles veinte mil hombres cerca de la montaña de la Cuerda.

En honor de esta victoria, dice Mr. Lahuziere en su historia de Arlés, Carlo-Magno hizo construir en la falda de la montaña

de Mont-mayor una capillita que dedicó á la Santa Cruz. Una inscripcion latina casi ilegible y destruida comprueba esta ereccion (1).

Desgraciadamente para la autenticidad de esta dedicatoria los nuevos estudios históricos no reconocen ni la inscripcion ni la victoria conseguida. Es, pues, probable, que los monges de la Santa Cruz no queriendo orar por Carlos Martell que habia impuesto fuertes contribuciones á todas las comunidades religiosas á cuyo socorro habia venido, habrán atribuido el honor de su victoria á su nieto. Ademas la verdadera fecha de la conclusion de la iglesia de la Santa Cruz está comprobada por una carta posterior á Carlo-Magno doscientos veinte años. Levantada por el abad Ramber, superior del monasterio de Mont-mayor, fué reedificada por Pons de Marignan, arzobispo de Arlés.

El desmembramiento del imperio de Carlo-Magno llegó. La Provenza, la Borgoña y el imperio le tocaron á Lord-Her. En 815, disgustado del mundo tomó el hábito religioso dejando á su hijo Luis II emperador, á su hijo Lord-Her II rey de Lorena, y á su hijo Carlos, rey de Arlés y de Provenza.

En fin, el emperador Carlos el Calvo desmembró sus estados, erigió la ciudad de Arlés en reino, y le dió por rey á Bozon, que era ya gobernador de Provenza y de Italia. El nuevo reino, de que Arlés era la capital, se componia de la Provenza, del Delfinado, del condado Venesino, del principado de Orange, de una parte del Leonesado, de la Borgoña, del Franco Condado, del Piamonte y de la Saboya, hasta Génova.

El reino de Arlés subsistió durante doscientos cincuenta años y fué gobernado por once reyes (2).

(1) «Sepan todos que el cristianísimo príncipe Carlos el Grande, rey de Francia, habiendo sitiado la ciudad que se hallaba en poder de los infieles y habiéndose hecho dueño de ella por la fuerza de sus armas, los sarracenos que quedaban en estas comarcas vinieron en gran número para apoderarse de esta ciudad y fortificarse en ella; el príncipe se adelantó con su ejército para combatirlos y consiguió sobre ellos una completa victoria, por lo que queriendo dar un testimonio de su reconocimiento á Dios, hizo dedicar este templo en honor de la Santa Cruz; tuvo tambien cuidado de levantar sobre sus ruinas el presente monasterio de Mont-mayor dedicado á San Pedro. Este edificio estaba destruido enteramente por aquellos infieles y puesto en situacion de no poderse habitar; lo restableció en su antiguo esplendor llamando á él un gran número de religiosos para que celebrasen el oficio divino, dotándole para en lo sucesivo y dándole magníficos presentes.»

Aun se ve allí este epitafio.

«Muchos de los franceses que han perecido en este convento descansan en la capilla de este monasterio.»

Hermanos, rogad á Dios por ellos.

(2) Bozon I, Luis Bozon II, Hugo I, Conrado I, Rodolfo I llamado el Holgazán, Gerardo, llamado el Usurpador, Conrado II, llamado el Salico, Enrique III, llamado el Negro, Enrique II, Enrique V, Conrado III.

Pasó despues á la antoridad de los cónsules. Ochenta y nueve años pasaron en estas alternativas continuas de monarquias y de repúblicas; por último, despues en 4220 se estableció el podestado.

Durante este periodo y en medio de mil revueltas civiles vió Arlés levantarse su espléndida basilica de San Trophimo y la primera parte de su claustro: poseia ya á Mont-mayor. En el siglo XI ó en el siglo XII fué cuando la civilizacion religiosa produjo sus frutos y el arte cristiano se arraigó en el suelo pagano.

Durante ciento cuarenta y cuatro años la ciudad tan pronto república tan pronto municipalidad y tan pronto monarquía, pasó de manos de los podestás á la de los cofrades, de las manos de los cónsules á la de los senescales, y de las manos de los senescales á las del emperador Cárlos IV, que abdicó en favor de Cárlos V. Esta abdicacion tuvo lugar en Villanueva de Avignon y desde este dia el titulo de rey de Arlés se estinguió para los emperadores y la ciudad volvió á quedar bajo la dominacion de los condes de Provenza, reyes de Nápoles, de Sicilia y de Jerusalem, titulo que llevaba todavia en 1480 el buen rey René, el artista coronado que se consolaba con su pincel y su violon de la pérdida de su centro y de sus tres reinos. Dos años despues, Luis XI, en su calidad de heredero de Cárlos III, tomaba á su vez el titulo de conde de Provenza, que llevaron sus sucesores, y reunia Arlés á la Francia.

Perdónennos nuestros lectores esta larga introduccion histórica arqueológica: empero no será perdida para el viagero que como nosotros llegue por la noche Arlés, y quiera tomar anticipadamente una idea de la ciudad que va á recorrer al dia siguiente.

Tres dias permanecemos en Arlés, y no se necesitan menos, empleándolos bien, para verlo todo. Fué nuestra primera visita á la Plaza de los hombres buenos. En un rádio de cincuenta pasos nos ofrece los restos de tres civilizaciones distantes mil años una de otra. Lo primero es el obelisco de granito egipcio, el único que se ha encontrado en Francia y que es, como hemos dicho, un regalo de Constantino á la ciudad que abandonaba: una porcion de la fachada de un gran monumento que se cree perteneció al Capitolio, y de la que no habia quedado mas que una parte del friso, y las dos columnas que la sostenian: por último, la basilica de San Trophimo, maravillosa y que forma juego con la de San Gilles: estas dos basilicas son tanto mas preciosas cuanto que, al menos lo creemos, son los dos monumentos completos del arte bizantino en Francia. Ademas hay una cosa digna de notar, y es que se conoce en el adorno de la fachada de San Trophimo, la influencia que la vista de modelos antiguos ha

ejercido en el arquitecto, que ha coronado el punto principal con un fronton triangular parecido al que presentan todavia los restos del Capitolio, y ha adornado su cornisa con palmitas rampantes, hijas naturales, tal vez, pero de seguro hijas reconocidas de la arquitectura romana.

Cerca de la iglesia de San Trophimo se levanta un claustro, mitad romano, mitad gótico, y uno de los mas preciosos tal vez de la Francia. En la cantidad de adornos que cubren los paños de los personages esculpidos en el capitel y los pilares romanos, es fácil reconocer el estilo bizantino del siglo XII. Constantinopla trataba de indemnizar á Arlés, de haberla arrebatado el imperio del mundo.

El anfiteatro es mas grande, pero está mas destruido que el de Nimes. En la época en que los sarracenos asolaron el Mediodía, una parte de la poblacion se refugió en las Arenas, y tapiando sus arcos hizo del monumento romano una fortaleza inespugnable. Bien pronto se alzaron torres sobre sus puertas, establecieron casas con órden, en fin, se alzó una ciudad en medio de la ciudad aislada por completo, con sus barrios, murallas, sus calles, su plaza pública y su iglesia. De esta extraordinaria ciudad no queda hoy mas que una sola casa.

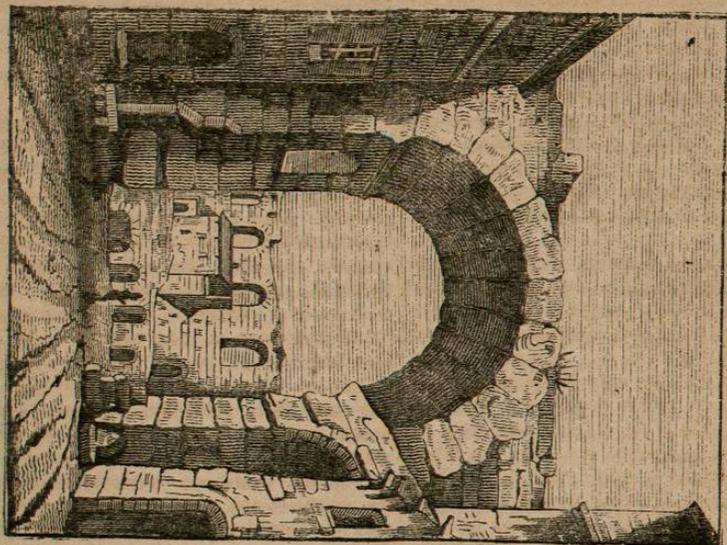
Las demas han sido demolidas cuando el gobierno ha echado de ver que poseia en Nimes y en Arlés maravillas que podian causar celos á Roma.

Despues de las Arenas, el mas importante monumento es el teatro, cuya creacion precede á la conquista romana, y sube á la colonizacion griega. Arlés habia recibido, si se creen los versos de Festus Avienus, de sus reyes de Marsella el sobrenombre de Thelina (Teta), á causa de la fecundidad de su suelo. Los descendientes de Euxene la habian dado sus dioses, como lo prueban los fragmentos hallados en el templo de Diana de Efeso. Quisieron tambien hacerla conocer sus poetas, y la regalaron un teatro; y aun nose hallaba concluido cuando les sucedieron los romanos en la dominacion. De aqui la diferencia de trabajo que existe entre las dos columnas de mármol africano aun en pie, que sostienen un pedazo de arquitectura con su friso encima, y la parte opuesta llamada hoy la torre de Orlando, que es de un gusto enteramente bárbaro.

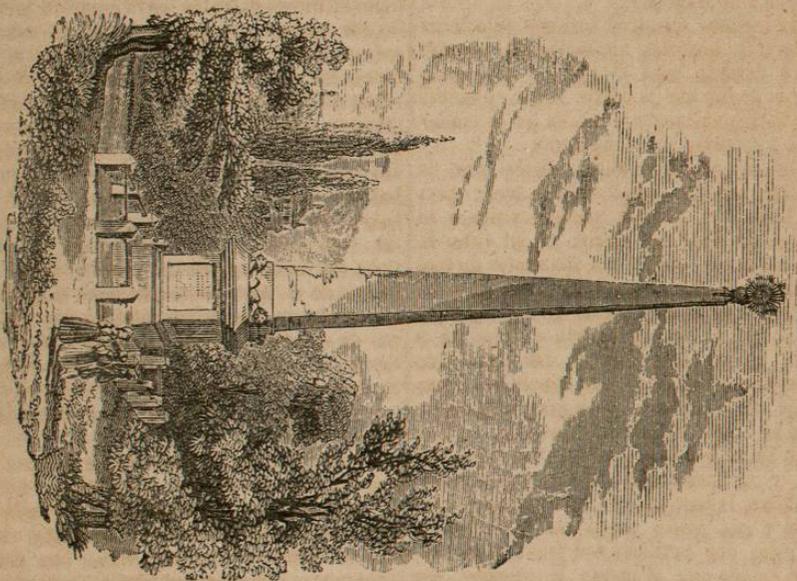
Despues viene el paseo de los Campos Eliseos llamado asi de las dos palabras latinas *Elisei campi*. En otro tiempo fué un vasto cementerio donde paganos y cristianos vinieron con diferente fé, empero con una misma esperanza á acostarse al lado unos de otros.

Sus sepulcros se han confundido y entremezclado: pero se reconoce á los unos en la D. y en la M. que les recomendaba á los dioses Manes, y á los otros en la cruz que les ponía bajo la proteccion del Salvador,

Ruinas del anfiteatro de Arlés, pág. 103.



Obelisco de Arlés, idem.



Casi todos estos sepulcros han sido registrados: una parte de ellos ha sido llevada por los habitantes de Crau para hacer pilas y bebederos de losa: hay otros cuyas tapas han sido utilizadas y están abiertos y vacíos. Algunos de estos muestran todavía la separación de piedra que impedía al marido y la mujer, aunque colocados en el mismo sepulcro, confundir jamás sus huesos.

En fin, de distancia en distancia, resonando el suelo bajo los pies que lo pisan, prueban que al lado de aquellos profanados sepulcros quedan otros vírgenes é intactos á que no ha llegado todavía ni la curiosidad ni la avaricia.

El museo de Arlés, al que el de París ha arrebatado su obra maestra, la Venus del Espejo, se ha enriquecido con los despojos de otros monumentos: todos le han suministrado su contingente de ruinas; pero la mas rica cosecha ha venido del campo de la Muerte. Allí hay una colección de sepulcros del Bajo Imperio, rica como ninguna otra, y cuyos bajos relieves pueden servir para la historia de la decadencia del arte. Los mas antiguos me han parecido remontarse á principios del IV siglo.

El gobierno ha concedido 700,000 francos por año para las escavaciones de Arlés: mejor sería enviar allí un prefecto artista, y poner á su disposición un batallón de peones. Tenemos un ejército de cuatrocientos mil hombres, y de estos trecientos cincuenta mil están descansando. ¿No podría sin inconveniente grave distraerse quinientos en limpiar y desembarazar la nueva Pompeya?

Es curioso además pasearse al rededor de las murallas de Arlés: el recinto de las murallas es casi un segundo Museo. De veinte en veinte pasos se encuentra incrustado en el muro un fragmento, un resto del chapitel. Por todas partes donde los romanos habían alzado monumentos, se han edificado ciudades con sus iglesias y sus murallas, y sin embargo, apenas se ve que les falten algunas piedras de estas gigantescas construcciones.

Uno de los tres días que pasamos en Arlés era día de fiesta, ó mas bien de mercado; habia una feria de carneros. Ciento veinticinco ó ciento treinta mil ovejas bajadas á las llanuras de la Crau, estaban empaquetadas al pie de las murallas del Mediodía. Esta circunstancia bastante indiferente en si misma, tuvo para mi curiosidad de viagero un excelente resultado. Fué el de hacer salir de sus casas y con sus vestidos de fiesta, las arlesianas, que no habia visto todavía mas que en la fuente, ó hilando á las puertas de sus casas. Hacia las tres ó las cuatro de la tarde, abandonando el boulevard exterior á los elegantes y petimetres de la ciudad, se derramaron por las calles, del brazo, en grupos de siete á ocho muchachas, deteniéndose de puerta en puerta para charlar formando ruidosos y alegres grupos. Su reputación de belleza es bastante merecida, y no

solamente son bellas, sino que tienen gracia y noble porte.

Sus facciones son de una estremada delicadeza, y pertenecen sobre todo al tipo griego: generalmente tienen cabellos negros, ojos aterciopelados como no los he visto sino á las indias y á las árabes. De tiempo en tiempo en medio de un grupo jónico pasa de repente una jóven marcada con el tipo sarraceno, con sus grandes ojos, su color moreno, su talle flexible y su pie de niño: ó una mujer corpulenta, de sangre gala, cabellos rubios, ojos azules, andar grave y tranquilo como el de una antigua druidesa. Casi todas son frescas y expansivas como holandesas; pero la humedad del clima, que á los treinta años ajaria su belleza de un día, les da el aspecto blanco y sonrosado que tienen las flores que adornan los rios, y las márgenes de las lagunas.

Desgraciadamente para el pintor y el poeta que van buscando lo hermoso y lo pintoresco aquellas graciosas hijas de Vellobese, de Euxene, de Constantino y de Abderraman, han perdido una parte de su encanto el día en que han renunciado al traje nacional, que reasumiendo para ellas todo lo pasado se componia de la túnica corta de las jóvenes doncellas espartanas, el corpiño y la negra mantilla de las españolas, del zapatito con hebilla de las romanas, del peinado estrecho de Anubis y del ancho brazaletes gaula. De todo este pintoresco vestido, las arlesianas no han conservado mas que su antiguo y original peinado, que por desproporcionado que aparezca con el talle largo y la manga de jamon, no deja de dar á su rostro una fisonomía enteramente particular, que sus amantes están lejos de tener. Los arlesianos nada tienen de notable, así se dice generalmente, los hombres de Tarascon y las mugeres de Arlés, como se dice, las romanas y los napolitanos.

¿No es mas notable que del traje nacional lo último que se ha abandonado sea el peinado? En todos los puertos de mar del Mediodía se encuentran por las calles una multitud de turcos y de griegos, que han adoptado los fraacs y los pantalones, y han conservado obstinadamente el turbante. Los embajadores mismos de la Sublime Puerta nos ofrecen todos los días esta singular anomalía, presentándose en nuestros salones y en nuestros teatros con el vestido francés, y la cabeza cubierta con el gorro griego como botellas de vino de Burdeos.

Cuando la ciudad de las antiguas ruinas cesa de estar galvanizada por alguna función, ó por un mercado, vuelve á acostarse en su polvo romano; mas bien semejante á una tienda militar colocada á la orilla de un rio por una colonia errante y cansada, que á una ciudad viva. Arlés fué una casa de campo imperial, y no una ciudad soberana.

Embellorada y decorada por fantasía, aban-

LOS BAUX.

donada despues por capricho, esta cortesana real, no ha tenido desde hace cinco siglos un motivo suficiente de vitalidad. Su posición sobre el Ródano, fuente de riqueza para ella cuando sus muros encerraban un magnífico emperador, ó un rey guerrero, no tiene ya objeto ninguno ahora que no es mas que una ciudad de tercer orden.

Bajo la república y el imperio, Arlés volvió á tomar una vida facticia y momentánea: porque rechazando el comercio de los mares, refluyó en los rios, y de esportativo que era, se hizo interior: así como en Avignon todo lo que es marino, mozo de carga, empleados de las puertitas, es republicano, mientras que por el contrario los nobles, los tenderos y los labradores son generalmente carlistas. En estas dos opiniones se divide la ciudad. Como en todas partes la ciudad alta que ha comenzado por tener un aire feudal, mientras que la ciudad baja, cuyas cabañas primitivas han venido á agruparse alrededor del palacio, y poco á poco se han cambiado en casas, acordándose de su origen popular, es casi enteramente demócrata.

Arlés que de retrograda se habia convertido en estacionaria, comienza, sin embargo, á marchar hoy; pero lentamente todavía con paso embarazado, y mas con la debilidad de la vejez que con la incertidumbre de la infancia. Aun que con una población de diez y ocho mil almas, no tiene mas que una tienda de modas que no puede sostenerse con su comercio, y una librería, hace solo cinco años que no se mantiene sino con el auxilio de las casas de Aix y de Marsella. Antes los únicos libros que allí se vendian eran ejercicios cotidianos y libros de oraciones que traían los libreros ambulantes de las ferias.

Así Arlés en nuestra opinion, no debe considerarse como una ciudad viva, si no como una ciudad muerta: todo cuanto pudiera hacerse para reanimar su industria y su comercio sería cosa perdida ó inútil: es una peregrinación de artista y de poeta, y no una parada de comerciante ó de viagero. Jamás los reyes de Nápoles han intentado volver á poblar á Herculanum y Pompeya, y han hecho bien: un sepulcro solo es poético cuando está mudo: su mayor solemnidad procede de su licencia y de su soledad.

Arlés es un sepulcro, pero el sepulcro de un pueblo y de una civilización, un sepulcro semejante al de aquellos guerreros bárbaros con los que se enterraban su oro, sus armas y sus dioses: la ciudad moderna se halla acampada sobre un sepulcro, y la tierra sobre que está levantada su tienda, encierra tantas riquezas en su seno, como pobreza y miseria presenta en su superficie.

Entretanto á algunas leguas de Arlés se hallaba una ciudad todavía mas triste, todavía mas solitaria, todavía mas muerta que su metrópoli. El traductor de Byron, el autor de Carlos Eduardo, esa sola celebridad literaria que ha producido Arlés, ¹ habia recomendado mucho que no pasase por su ciudad natal sin á hacer una escursión á aquella antigua corte de amor de la Provenza, que dió podestás á Arlés, príncipes á Orange, shtatouers al Haya, y reyes á Amsterdam y á Londres. En consecuencia, tan pronto como hubimos visitado todo lo que hay de notable en Arlés nos encaminamos hácia los Baux.

El camino se halla en armonía con el sitio á que conduce, costeano el pequeño y grande estanque de Peluca. Acompaña algun tiempo un acueducto romano que toma su nacimiento en una montaña cerca de Orgon, atraviesa el camino de Aix, un poco mas arriba de Elsemat, pasa al lado de San Remi, y viene á perderse en las inmediaciones y alrededores de Arlés. Nos engolfamos con él en una especie de desierto de juncos y cañaverales, cuyo pantanoso suelo parece el lecho de un antiguo estanque. Abandonamos el acueducto de Arlés para seguir el de Barbe-gal. Despues nos metimos en montañas tan tristes como las desoladas llanuras que acabamos de dejar. Por último, en Maussana nos invitaron á tomar alguna cosa, en atención á que no encontraríamos absolutamente nada que comer ni en Marville, ni en Baux.

A una media legua de Maussana, al doblar una montaña, comenzamos á divisar desde lo alto de una roca en medio de un desnudo y rojizo paisaje la ciudad que íbamos á visitar. Tomamos un escarpado sendero que sube dando vueltas, y nos adelantamos sin ver nada de lo que anuncia la proximidad de un sitio destinado á los hombres, sin oír ni aun el soplo de aquella inmensa respiración que revela la existencia de una ciudad: es que en efecto han desaparecido los hombres, y la pobre ciudad está muerta: muerta de abandono, muerta de consunción, muerta de hambre, porque un camino que conducía de Orgon á Arlés, y que era la arteria que llevaba la sangre á su corazón, se ha alejado de ella ó perdido cuando ha comenzado á apagarse el esplendor de la Provenza, y entonces le ha faltado todo para vivir, cual á la jóven que vivía por el amor, y cuyo amor le ha sido retirado.

Entonces poco á poco una parte de los habitantes, cansada de la soledad, se ha alejado para ir á habitar á Orgon, á Tarascon, ó á